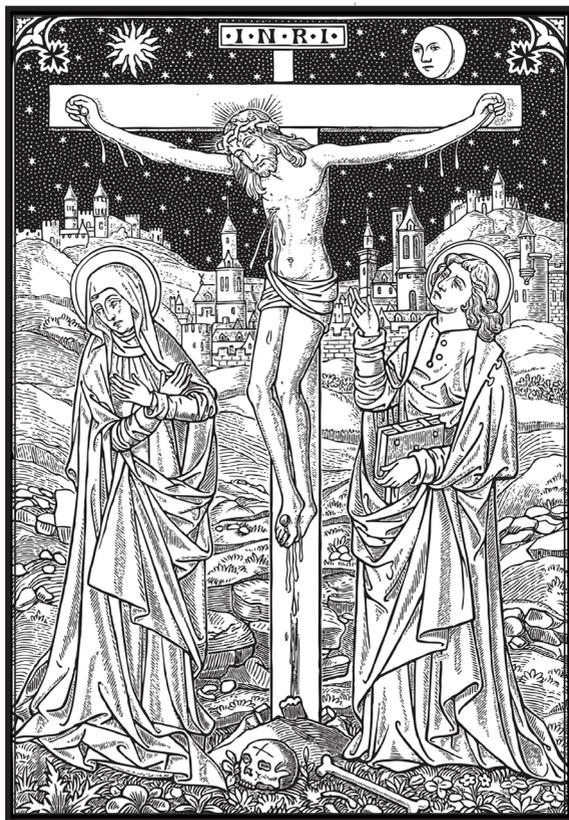


Celebración de la Pasión del Señor



Viernes Santo

—Caballeros de la Virgen—
Iglesia Nuestra Señora de Fátima

18 de abril de 2025



Uando, desde lo alto de la Cruz, nuestro Señor entregó su alma al Padre, todo el firmamento se oscureció, la luz perdió su brillo: era el universo creado que manifestaba su luto por la muerte del Hombre Dios.

Entretanto, tales fenómenos eran un mero símbolo de la consternación que invade al Cuerpo Místico de Cristo al contemplar el holocausto de su Cabeza. Si hasta el Sol se oscureció ¿no manifestaría la santa Iglesia Católica un profundo dolor ante el Crucificado?

Es exactamente por ese inmenso dolor que, desde los tiempos apostólicos, el viernes Santo no se celebra el Sacrificio del Altar. Místico sol en el firmamento de las almas, la santa Misa resplandece por sí misma con notas de alegría, iluminando a las almas y calentando sus corazones. Así, estando en luto por la Muerte de su Divino Esposo, la Santa Iglesia no renueva el Sacrificio Eucarístico este día, sino que alimenta y santifica a los fieles con la Celebración de la Pasión del Señor, ceremonia constituida por tres partes: Liturgia de la Palabra, Adoración de la Santa Cruz y Comunión Eucarística.

Antes de la Crucifixión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo, el mundo antiguo se encontraba en un asombroso caos, tanto político cuanto moral. Revoluciones y guerras surgían por todo lado, tiranos y déspotas esclavizaban a pueblos enteros, la crueldad de los paganos dominaba la tierra, y todo eso

no era sino el efecto de la decadencia de una sociedad entregada al vicio, a la impureza y al orgullo. Incluso entre el pueblo escogido, dentro de las benditas murallas del Santuario, casi no se encontraba más la luz de la fe ni el perfume de la virginidad.

Sólo cuando la cruz fue clavada en la tierra, ostentando al Cordero Inmolado, las almas huérfanas, los pecadores arrepentidos, los hombres rectos y de buena voluntad encontraron el camino recto, el puerto seguro, el verdadero Norte de su existencia. La Cruz fue, desde siempre, la única y verdadera esperanza, la roca indestructible, la seguridad de los buenos.

Stat Crux, dum volvitur orbis! ¡Mientras en el agitado mar del mundo se levantan las tormentas, surgen tempestades, se desencadenan grandes vientos, la Cruz permanece de pie, firme e invencible! Sólo serán vencedores aquellos que permanezcan junto a ella, como la Virgen Santísima, y sepan abrazarla, como el Divino Salvador, tomando fuerzas en la Sangre divina que gotea del Madero.

Oración

C. Oh Dios, que, por la pasión de Cristo, tu Hijo, Señor nuestro, nos libraste de la muerte, herencia del primer pecado, que alcanza a toda la humanidad: concédenos asemejarnos a Él y haz que, así como naturalmente llevamos en nosotros la imagen del hombre terreno, por la gracia de la santificación llevemos también la imagen del hombre celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

n la Liturgia de la Palabra, nos deparamos con la figura infinitamente majestuosa de nuestro Señor Jesucristo, que asumió sobre sí los pecados del mundo entero. En las palabras de san Pedro, Jesús anduvo por el mundo “*haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el demonio*”. Sin embargo, ante la bondad del Redentor, muy diversas fueron las reacciones.

A lo largo de la Historia, los hombres tuvieron que definirse entre el bien y el mal. Nunca hubo ni habrá una lícita neutralidad. Y, en la Liturgia de hoy, aparecen personificadas las diferentes actitudes de la humanidad ante esa toma de posición.

Hay, sin duda, los fariseos y saduceos: sepulcros blanqueados, lobos con piel de oveja, impíos disfrazados de justos. Hay los Herodes, esclavos del orgullo y de la sensualidad. Hay también los ingratos, que siguen los pasos de la turba sedienta de la Sangre de aquel que tantos milagros y maravillas había realizado en su medio.

No faltan los miedosos Pilatos, y abundan los Judas dispuestos a vender por cualquier niñería el precio de la salvación.

¡Y cuántos son como los Apóstoles! Presumiendo su fidelidad, huyen cuando se aproxima la persecución, abandonan a Jesús en las manos de los impíos y lo niegan por respeto humano...

¿Y nosotros? ¿En qué categoría nos encajamos ante la Pasión que se repite en el Cuerpo Místico de Cristo en nuestros días?

Hoy la Iglesia nos abre otro camino, pues junto a la Cruz *stabat Mater dolorosa*. María permanece de pie, fiel y decidida ante su Hijo Crucificado. A su lado hay lugar para Juan, el Discípulo Amado, y para la Magdalena, arrepentida de sus faltas. Hagamos compañía a la Virgen Santísima. ¡Bajo su manto se mantendrá viva la Iglesia y seremos siempre fieles!

Primera lectura

Is 52, 13-53, 12

Lectura del libro de Isaías.

Miren, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.

Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito.

¿Quién creyó nuestro anuncio?, ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado.

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo es-

timamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados, y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación; verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos.

Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

L. Palabra de Dios.

R. Te alabamos Señor.

Salmo responsorial

Sal 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25

♩. IV e

P Adre, a tus ma-nos encomiendo mi espíritu E u o u a e

—A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.

R/.

—Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle, y escapan de mí.
Me han olvidado como a un muerto,
me han desechado como a un cacharro
inútil.

R/.

—Pero yo confío en ti, Señor;
te digo: «Tú eres mi Dios».
En tu mano están mis azares:
líbrame de los enemigos que me per-
siguen. **R/.**

—Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
Sed fuertes y valientes de corazón,
los que esperáis en el Señor. **R/.**

Segunda lectura

Hb 4, 14-16; 5, 7-9

Lectura de la carta a los Hebreos.

Hermanos:

Ya que tenemos un Sumo Sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe.

No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno.

Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado en su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió para todos los que lo obedecen en autor de salvación eterna.

L. Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Versículo antes del Evangelio

Flp 2, 8-9

Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem. Mortem autem crucis.

Propter quod et Deus exaltavit illum, et dedit illi nomen quod est super omne nomen.

Cristo se ha hecho por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre.

Evangelio

Jn 18, 1-19. 42

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan.

C. En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus

discípulos. Judas, entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que se venía sobre él, se adelantó y les dijo:

✠ —«¿A quién buscáis?»

C. Le contestaron:

S. —«A Jesús, el Nazareno.»

C. Jesús contestó:

✠ —«Yo soy.»

C. Estaba con ellos Judas, el traidor. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

✠ —«¿A quién buscáis?»

C. Ellos dijeron:

S. —«A Jesús, el Nazareno.»

C. Jesús contestó:

✠ —«Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos»

C. Así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste.»

Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro:

✠ —«Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?»

C. La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo».

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó afuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que hacía de portera dijo entonces a Pedro:

S. —«¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?»

C. Él le respondió:

S. —«No lo soy»

C. Los criados habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina.

Jesús le contestó:

✘ —«Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo.»

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. —«¿Así contestas al sumo sacerdote?»

C. Respondió Jesús:

✘ —«Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?»

C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron:

S. —«¿No eres tú también de sus discípulos?»

C. Él lo negó, diciendo:

S. —«No lo soy.»

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. —«¿No te he visto yo con él en el huerto?»

C. Pedro volvió a negar y enseguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos y dijo:

S. —«¿Qué acusación presentáis contra este hombre?»

C. Le contestaron:

S. —«Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos»

C. Pilato les dijo:

S. —«Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley.»

C. Los judíos le dijeron:

S. —«No estamos autorizados para dar muerte a nadie.»

C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir.

Entró otra vez Pilato en el Pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. —«¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Jesús le contestó:

✘ —«¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

C. Pilato replicó:

S. —«¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»

C. Jesús le contestó:

✠ —«Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.»

C. Pilato le dijo:

S. —«Con que, ¿tú eres rey?»

C. Jesús le contestó:

✠ —«Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

C. Pilato le dijo:

S. —«Y ¿qué es la verdad?»

C. Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo:

S. —«Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?»

C. Volvieron a gritar:

S. —«A ése no, a Barrabás.»

C. El tal Barrabás era un bandido.

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. —«¡Salve, rey de los judíos!»

C. Y le daban bofetadas.

Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. —«Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa.»

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

S. —«Aquí lo tenéis.»

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

S. —«¡Crucifícalo, crucifícalo!»

C. Pilato les dijo:

S. —«Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él.»

C. Los judíos le contestaron:

S. —«Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios.»

C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús:

S. —«¿De dónde eres tú?»

C. Pero Jesús no le dio respuesta.

Y Pilato le dijo:

S. —«¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?»

C. Jesús le contestó:

✠ —«No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor.»

C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. —«Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César.»

C. Pilato, entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía.

Y dijo Pilato a los judíos:

S. —«Aquí tenéis a vuestro rey»

C. Ellos gritaron:

S. —«¡Fuera, fuera, crucificalo!»

C. Pilato les dijo:

S. —«¿A vuestro rey voy a crucificar?»

C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. —«No tenemos más rey que al César.»

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos.»

Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. —«No escribas “El rey de los judíos”, sino: “Éste ha dicho: soy el rey de los judíos”.»

C. Pilato les contestó:

S. —«Lo escrito, escrito está.»

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. —«No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca.»

C. Así se cumplió la Escritura: «se repartieron mis ropas y echaron a suertes mi túnica.»

Junto a la cruz de Jesús estaban su Madre, la hermana de su Madre, María de

Cleofás y María Magdalena. Jesús, al ver a su Madre y al discípulo que tanto quería, dijo a su Madre:

✠ —«Mujer, he ahí a tu Hijo.»

C. Luego, dijo al discípulo:

✠ —«He ahí a tu Madre.»

C. Desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo:

✠ —«Tengo sed.»

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a sus labios.

Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

✠ —«Todo está consumado.»

C. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

(Todos se arrodillan y se hace una pausa)

Los judíos, entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar al Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «no le quebrarán un hueso»; y en otro lugar de la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron.»

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

C. Palabra del Señor.

R. Gloria a Ti, Señor Jesús.

Detentora de los tesoros de la Redención, hoy la santa Iglesia Católica reza por todos los hombres con afecto materno, aplicando sobre ellos los infinitos méritos de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Si Él, desde lo alto de la Cruz, no le negó el perdón ni siquiera al ladrón arrepentido y, más aún, quiso que le abriesen su Sacratísimo Corazón con la lanza de Longinos, tampoco dejará de conceder torrentes de gracias a todos los que no se excluyan voluntariamente de su amor.

ORACIÓN UNIVERSAL

I. Por la Santa Iglesia

D. Oremos, queridos hermanos, por la Iglesia santa de Dios, para que Dios nuestro Señor se digne concederle la paz, la unidad, y su protección en toda la tierra; y para que nos conceda una vida pacífica y serena para glorificarlo como Dios Padre omnipotente.

C. Dios todopoderoso y eterno, que en Cristo revelaste tu gloria a todas las naciones, conserva la obra de tu amor, para que tu Iglesia, extendida por el universo, persevere con fe inquebrantable en la confesión de tu nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

II. Por el Papa

D. Oremos también por nuestro Santo Padre el Papa N., para que Dios nuestro Señor, quien lo eligió en el orden del episcopado para regir al pueblo santo de Dios, lo preserve de todo mal, para bien de su santa Iglesia.

C. Dios todopoderoso y eterno, que, en tu sabiduría todo lo diriges, atiende bondadoso nuestras súplicas y protege con tu amor a nuestro Papa, para que el pueblo cristiano, que Tú gobiernas bajo el cayado de este pastor, crezca en méritos y progrese en la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

III. Por el pueblo de Dios y sus ministros

D. Oremos también por nuestro Obispo N., por todos los obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia, y por todos los fieles del pueblo santo.

C. Dios todopoderoso y eterno, cuyo Espíritu santifica y gobierna todo el cuerpo de la Iglesia, escucha las súplicas que te dirigimos por tus ministros y haz que, con el don de tu gracia, te sirvamos en todas las cosas con fidelidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

IV. Por los catecúmenos

D. Oremos también por los catecúmenos, para que Dios nuestro Señor escuche sus oraciones, les abra de par en par la puerta de la misericordia, y, perdonados todos sus pecados por el Bautismo, queden incorporados a Cristo Jesús, Señor nuestro.

C. Dios todopoderoso y eterno, que fecundas siempre a tu Iglesia con nuevos hijos, aumenta la fe y la sabiduría en los catecúmenos, para que, al renacer en la fuente bautismal, los cuentes entre tus hijos adoptivos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

V. Por la unidad de los cristianos

D. Oremos también por todos los hermanos que creen en Cristo, para que Dios nuestro Señor se digne congregar y custodiar en la única Iglesia a quienes viven de acuerdo con la verdad.

C. Dios todopoderoso y eterno, que congregas a los dispersos y conservas a los que congregaste, mira con bondad la grey de tu Hijo para que, a los consagrados por un solo Bautismo, los conserve unidos la integridad de la fe y los una el vínculo de la caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

VI. Por los judíos

D. Oremos también por los judíos, que fueron los primeros a quienes habló Dios nuestro Señor, para que Él les conceda crecer en el amor de su nombre y en la fidelidad a su alianza.

C. Dios todopoderoso y eterno, que confiaste tus promesas a Abraham y a su descendencia, escucha con piedad las súplicas de tu Iglesia, para que el pueblo de la Antigua Alianza, logre alcanzar la plenitud de la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

VII. Por los que no creen en Cristo

D. Oremos por los que no creen en Cristo, para que, también ellos, iluminados por el Espíritu Santo, puedan entrar en el camino de la salvación.

C. Dios todopoderoso y eterno, concede a quienes no creen en Cristo que, caminando en tu presencia con sinceridad de corazón, encuentren la verdad; y haz que nosotros, por el continuo crecimiento en el amor y por el deseo de conocer más plenamente el misterio de tu vida, seamos más perfectos testigos de tu caridad en el mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

VIII. Por los que no creen en Dios

D. Oremos también por los que no conocen a Dios, para que viviendo rectamente según su conciencia merezcan encontrarlo.

C. Dios todopoderoso y eterno, que creaste a todos los hombres para que deseándote te busquen, y para que al encontrarte descansen en Ti; concédenos que, en medio de las dificultades de este mundo, al ver los signos de tu amor y el testimonio de las buenas obras de los creyentes, todos los hombres se alegren al confesarte como único Dios verdadero y Padre de todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

IX. Por los gobernantes de las naciones

D. Oremos también por todos los gobernantes de las naciones, para que, de acuerdo con sus designios, Dios nuestro Señor los dirija en sus pensamientos y en sus decisiones hacia una auténtica paz y libertad para todos.

C. Dios todopoderoso y eterno, en cuyas manos están los corazones de los hombres y el derecho de los pueblos, mira con bondad a nuestros gobernantes, para que, promuevan en toda la tierra, con tu ayuda, la prosperidad de los pue-

blos, la libertad religiosa y una paz duradera. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

X. Por los que sufren

D. Oremos, queridos hermanos, a Dios Padre todopoderoso, para que, en todo el mundo, aleje los errores, haga desaparecer las enfermedades y erradique el hambre, redima a los encarcelados, rompa las cadenas, proteja a los viajeros, conceda pronto regreso a los emigrantes y peregrinos, dé salud a los enfermos y conceda la salvación a los moribundos.

C. Dios todopoderoso y eterno, consuelo de los afligidos y fortaleza de los que sufren, escucha las súplicas de los que te invocan en cualquier tribulación, para que todos experimenten en sus necesidades la alegría de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

ADORACIÓN DE LA SANTA CRUZ

xtendiendo las manos hacia el fruto del árbol prohibido, Adán introdujo el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte. Del fruto pendiente de otro árbol, sin embargo, nos viene la salvación, pues el árbol de la Cruz se convirtió en la causa de nuestra inmortalidad.

Bañándola copiosamente con su Preciosísima Sangre, nuestro Señor asoció la Cruz a la obra de nuestra Redención. Por eso la Iglesia le presta un culto participativo de adoración. En este rito litúrgico ella es conducida al altar, donde será presentada tres veces para nuestra adoración.

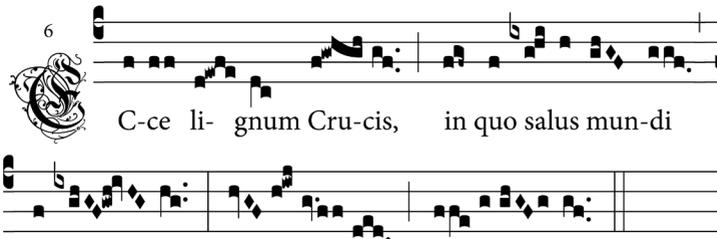
Siendo Sacerdote, Profeta y Rey, nuestro Señor Jesucristo fue ultrajado en cada uno de esos atributos durante su Pasión. Así, la Iglesia pide a los católicos fieles tres actos de reparación.

— a la realeza del Salvador, coronado de espinas y vestido con un manto de púrpura en el palacio de Pilato, mientras los soldados escarnecían de su majestad;

— a su profetismo, demostrado por sus obras, pero rechazado por el pueblo judío al negarse a aceptarlo como guía, declarando que prefería tener a César por rey a ser gobernado por Cristo;

— a su sacerdocio, odiado en la casa de Caifás y en el Sanedrín, donde lo acusaron de blasfemia y lo maldijeron al declararse Hijo de Dios.

El sacerdote descubre el extremo superior de la cruz, la eleva y se entona:



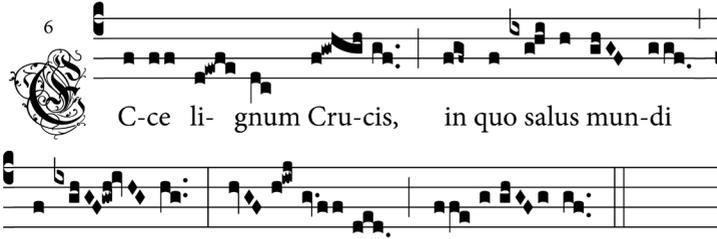
C-ce li- gnum Cru-cis, in quo salus mun-di

pe-pén- dit. Ve- ni-te, ad- o-ré- mus.

*Este es el árbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo.
¡Venid, a adorarlo!*

Todos se arrodillan y adoran en silencio

El sacerdote descubre el brazo derecho de la cruz y, elevándola de nuevo se entona:



C-ce li- gnum Cru-cis, in quo salus mun-di

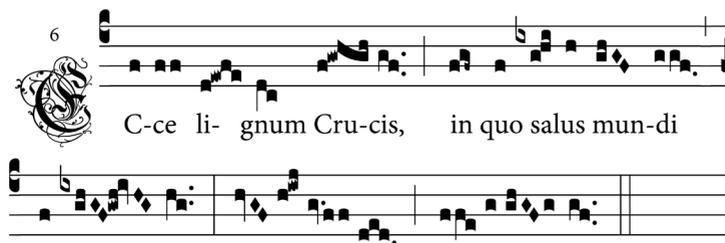
pe-pén- dit. Ve- ni-te, ad- o-ré- mus.

*Este es el árbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo.
¡Venid, a adorarlo!*

Todos se arrodillan y adoran en silencio

El sacerdote descubre por completo la cruz y, volviéndola a elevar; entona por tercera vez:

6



C-ce li- gnum Cru-cis, in quo salus mun-di

Este es el árbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo. ¡Venid, a adorararlo!

pe-pén- dit. Ve- ni-te, ad- o-ré- mus.

Todos se arrodillan y adoran en silencio

El sacerdote y algunos fieles se acercan procesionalmente y adoran la Cruz, haciendo delante de ella una genuflexión simple y la besan como acto de veneración. Todos, conforme van terminando de adorar la Cruz, regresan a su lugar y se sientan.

RITO DE LA COMUNIÓN

Incluso cuando el Cuerpo del Salvador yace en el sepulcro, la iglesia afirma su inmortalidad pues, distribuyendo a los fieles la Sagrada Comunión, proclama su fe en la Resurrección.

Al recibir a Cristo, Víctima de expiación por nuestros pecados, como alimento, se nos dan las fuerzas para librar todos los combates. En la renovación de su Sacrificio, Jesús nos otorga una prenda de nuestro triunfo, pues la Eucaristía es el Sacramento de la victoria.

C. Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

R. Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal.

C. Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

R. Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

C. Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor.

R. Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Oración después de la comunión

C. Oremos,

Dios todopoderoso y eterno, que nos restauraste por la bienaventurada muerte y resurrección de tu Cristo, conserva en nosotros la obra de tu misericordia, para que vivamos siempre en tu servicio por la participación en este misterio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

Oración sobre el pueblo

C. Señor te rogamos que descienda una copiosa bendición sobre tu pueblo, que ha celebrado la muerte de tu Hijo, en la esperanza de su resurrección; venga sobre él tu perdón, concédele tu consuelo, auméntale la fe y reafirmalo por la eterna Redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén



Entrada de la imagen de la Santísima Virgen, Madre dolorosa

1. Stabat Mater dolorosa, juxta crucem lacrimosa, dum pendebat Filius.

2. Cuius animam gementem, contristatam et dolentem, pertransiuit gladius.

3. O quam tristis et afflicta fuit illa benedicta Mater Unigeniti.

4. Quæ mærebat et dolebat, pia Mater, dum videbat, Nati pœnas Inclyti.

5. Quis est homo qui non fleret, Matrem Christi si videret in tanto supplicio?

6. Quis non posset contristari, Christi Matrem contemplari dolentem cum Filio?

7. Pro peccatis suæ gentis vidit Iesum in tormentis, et flagellis subditum.

8. Vidit suum dulcem Natum moriendo desolatam, dum emisit spiritum.

9. Eia, Mater, Fons amoris, me sentire vim doloris fac, ut tecum lugeam.

10. Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum, ut sibi complaceam.

11. Sancta Mater, istud agas, Crucifixi fige plagas cordi meo valide.

12. Tui nati vulnerati, tam dignati pro me pati, pœnas mecum divide.

1. Estaba de pie la Madre dolorosa en llanto junto a la cruz de la cual pendía su Hijo.

2. Cuya gimiente alma, contristada y desolada, fue traspasada por un gladio.

3. Oh, cuán triste y afligida estaba la bendita Madre del Hijo Unigénito.

4. Gemía y suspiraba la piadosa Madre, al contemplar los dolores de su Hijo Divino.

5. ¿Cuál es el hombre que no lloraría viendo a la Madre de Cristo en tal suplicio?

6. ¿Quién podría, sin tristeza, contemplar a la Madre de Cristo sufriendo con su Hijo?

7. Por los pecados de su pueblo, veía a Jesús atormentado y dilacerado por los azotes.

8. Vio a su dulce Hijo morir abandonado al entregar su espíritu.

9. Ea, Madre, fuente del amor, hazme sentir la violencia de tus dolores, para llorar contigo.

10. Haz que mi corazón arda de amor por Cristo Dios, a fin de complacerlo.

11. Santa Madre, haz esto, graba en mi corazón las llagas del crucificado.

12. Divide conmigo los dolores de tu Hijo dilacerado, que se dignó sufrir tanto por

13. Fac me tecum pie flere, crucifixo condolere, donec ego vixero.

14. Iuxta crucem tecum stare et me tibi sociare in planctu desidero.

15. Virgo virginum præclara, mihi iam non sis amara: fac me tecum plangere.

16. Fac ut portem Christi mortem, passionis fac consortem, et plagas recolere.

17. Fac me plagis vulnerari, fac me cruce inebriari, et cruore Filii.

18. Flammis ne urar succensus, per te Virgo, sim defensus in die iudicii.

19. Christe, cum sit hinc exire, da per Matrem me venire ad palmam victoriæ.

20. Quando corpus morietur, fac ut animæ donetur paradisi gloria.

13. Hazme llorar piadosamente contigo, y sufrir con el crucificado mientras yo viva.

14. Deseo permanecer contigo junto a la Cruz, y unirme a ti en el llanto.

15. Virgen ilustre entre las vírgenes, no seas amarga conmigo y hazme llorar contigo.

16. Haz que lleve la muerte de Cristo, hazme participe de la pasión y venerar sus llagas.

17. Hiéreme con sus llagas y embriégame con la cruz y la Sangre de tu Hijo.

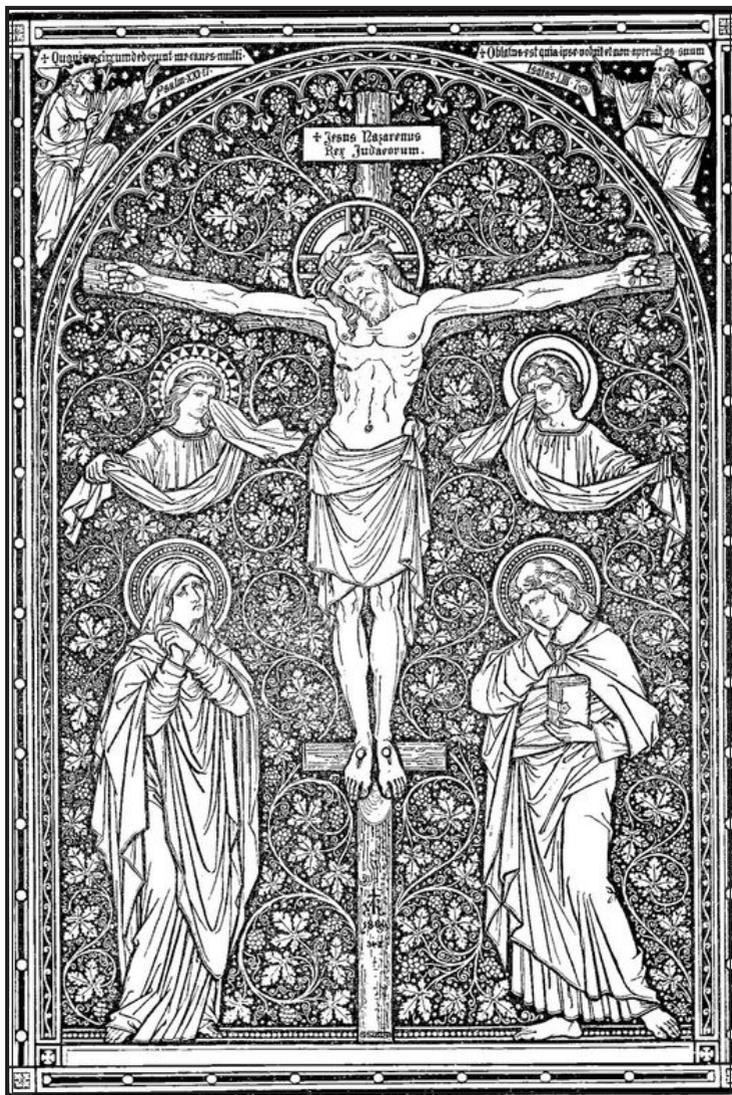
18. Para no ser consumido por las llamas, que yo sea defendido por Ti, oh Virgen, el día del juicio.

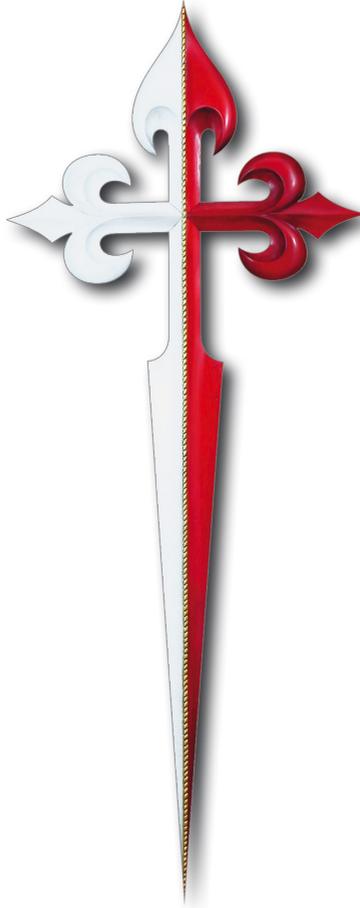
19. Cuando llegue, oh Cristo, la hora de mi partida, otórgame por tu Madre la palma de la victoria.

20. Cuando mi cuerpo muera, concede a mi alma la gloria del Paraíso.

Todos los fieles después de la “oración sobre el pueblo” deben salir en silencio y con el mayor recogimiento posible del lugar de la ceremonia.

Se concede indulgencia plenaria al fiel que visita, al menos durante media hora, el Santísimo Sacramento para adorarlo (cf. Enchr. Indulg., n. 03), se observan las condiciones habituales (confesión sacramental, comunión eucarística, oraciones en intenciones del Sumo Pontífice y exclusión de todo afecto al pecado, incluso venial).





Quiero que me
visiten los Caballeros
de la Virgen



¡Regístrese con
este código QR!

Por decoro y respeto al Santísimo Sacramento presente en esta Iglesia, se pide a los fieles no ingresar con ropa deportiva o prendas cortas, y mantener el silencio y el recogimiento durante la celebración Eucarística.
